

Manuel Irujo. Clausura de unas Jornadas. Asmoz ta Jakitez

(Manuel Irujo. Closing of a Conference. Asmoz ta Jakitez)

Amezaga Iribarren, Arantzazu
Erriko Txiki 10. 31486 Altzuza

BIBLID [1136-6834 (2002), 32; 201-208]

Recep.: 14.02.02

Acep.: 15.04.02

En este discurso de clausura se recogen algunos datos expuestos en los trabajos presentados en las Jornadas y exhibidos en la Exposición. Se añaden emotivos datos personales ya que la autora es familia de Irujo.

Palabras Clave: Irujo Olo, Manuel. Vascos en Exilio. Historia de Euskal Herria. Siglo XX.

Jardunaldietan aurkeztu eta Erakusketan agertu lanei dagozkien datu batzuk bildu dira itxiera ekitaldiko hitzaldi honetan. Datu pertsonal hunkigarriak erantsi dira, egilea Irujoren ahaidea da eta.

Giltza-Hitzak: Irujo Olo, Manuel. Erbesteko euskaldunak. Euskal Herriko historia. XX. mendea.

Dans ce discours de clôture on recueille quelques données exposées dans les travaux présentés au cours des Journées et présentés dans l'Exposition. S'ajoutent des données émouvantes, car l'auteur est parente d'Irujo.

Mots Clés: Irujo Olo, Manuel. Basques en Exil. Histoire d'Euskal Herria. XXe siècle.



Manuel de Irujo.
Archivo del Nacionalismo. Fundación Sabino Arana.

Es un honor representar hoy ante vosotros a la familia de Manuel Irujo en la clausura de estas Jornadas académicas que realiza Eusko Ikaskuntza. Y es un honor también estar entre vosotros en estos días en los que el lema Asmoz ta Jakitez/Pensamiento y Sabiduría de esta Sociedad de Estudios Vascos, ha prevalecido una vez más. A todos un saludo.

Quisiera empezar mis palabras de clausura con unas palabras del gran escultor Jorge Oteiza. Su escultura móvil que habéis reproducido en uno de los vitrales de esta magnífica exposición que ha logrado la Dra. Ascensión Martínez Martín, venía acompañada de una leyenda que me parece oportuno recordar en el día de hoy, y que está estampada en el pedestal de oscuro mármol por el propio artista. Dice... *esta breve oración de unas pulsaciones. Como homenaje simbólico y abertzale al corazón imparable de don Manuel de Irujo.*

En la Mesa redonda del día 20 de septiembre comenzó hablando el Dr. Ángel García-Sanz Marcotegui, de la Universidad Pública de Navarra, sobre la adscripción ideológica de los antepasados de Manuel Irujo Olo. Es un acierto porque es casi imposible comprender la figura tanto política como humana de Irujo sin la comprensión de la ideología y la personalidad tan rotunda de muchos de sus antepasados, entre ellos su propio padre, Daniel, y su tío Estanislao Aranzadi, el euskaro.

El Dr. José Luis de la Granja Sainz (UPV/EHU) disertó sobre Manuel de Irujo, diputado a Cortes del PNV en la II República. Irujo dos veces fue diputado por Guipúzcoa: en 1933 y en 1936. Es en este último ejercicio, apenas iniciado, cuando se encuentra en Tolosa con el alzamiento militar del 18 de julio de 1936, y en que ha de ejercer como diputado su autoridad, en unión de otros, tratando de mantener la cordura en medio del caos que sucede a una rebelión de las fuerzas del orden, en una sociedad civil.

El Dr. Pedro Barruso Barés, profesor de Instituto, nos habló de Manuel de Irujo y la Guerra Civil en Guipúzcoa en el verano de 1936, el que Irujo recordaría como uno de las más terribles pruebas de su vida.

El Dr. Hilari Ragner i Suñer, de la Abadía de Montserrat, nos diseña el Manuel Irujo ministro del Gobierno de la República en sus tres fases: como ministro sin cartera al que llega después de una negociación que a los vascos otorga finalmente su Estatuto de Autonomía el 6 de octubre de 1936 y que siempre le haría repetir la famosa frase: *Yo fui el Precio del Estatuto*, añadiendo: *...Ocupé por primera vez el banco azul, reservado a los ministros del Parlamento aquél 1 de octubre... presencié la aprobación por aclamación del Estatuto Vasco a la que precedió el discurso de Agirre... por supuesto que la meta final no era el Estatuto, pero sí que era un paso hacia la libertad de Euskadi y sobre todo, a la reorganización de la sociedad y sus defensas.*

Aún sin ser Ministro de Justicia, cargo al que accede en mayo de 1937, Irujo se declara empecinadamente, a riesgo de su propia seguridad, por el salvamento de vidas humanas. Así declara en Madrid en 1936: *Levanto mi voz... para afirmar SE HAN ACABADO LOS PASEOS... en adelante no existirá en la República otra norma de aplicación que la Ley ni más poder que el del gobierno... yo os diré además que soy cristiano y que el 5º mandamiento del Decálogo de Cristo, anterior y superior para mí a la Ley del Estado, es No Matarás. SE TERMINARON LOS PASEOS...* Estas palabras condensan toda la filosofía de Irujo y también, la práctica de su decidida acción.

La Dra. Idoia Estornés Zubizarreta ha recurrido al tema tan entrañable de Manuel Irujo y la Sociedad de Estudios Vascos, institución que tan querida era para Irujo antes de la guerra civil, como después, en el establecimiento de la democracia cuando junto a José Miguel Barandiaran y otros hombres ilustres pone su empeño en su nueva andadura.

En la Mesa redonda del día 21 de septiembre, el Dr. Juan Carlos Jiménez de Aberasturi Corta, del Archivo de Rentería, diserta sobre la actuación de Irujo en la Segunda Guerra Mundial y la creación de su conflictivo Consejo Nacional de Euskadi en Londres, así como de la Constitución que redacta para su país en un mundo en guerra y en sombras. Que yo sepa es la única constitución que se ha escrito para el país de los vascos.

El Dr. Ludger Mees (UPV/EHU) ha hablado de Manuel de Irujo desde el final de la Guerra Mundial hasta la muerte del lehendakari José Antonio Agirre, en 1960, años de esperanza y desilusión donde el pueblo vasco tanto el interior como el exiliado viven momentos muy álgidos, siendo la propia muerte del lehendakari el peor de todos ellos en el plano afectivo de la lucha política.

El Dr. José Antonio Rodríguez Ranz, de la Universidad de Deusto, analiza los años que van desde la muerte de Agirre hasta el final del franquismo, desde 1960 a 1975. Son muchos años, cambian los panoramas políticos pero la resistencia vasca se perfila aún más con el aporte de la nueva gene-

ración. Pero siempre teníamos a Irujo, para recordarnos no tan sólo el pasado sino también el porvenir. La Europa que se está formando y en la que se ponen tantas ilusiones. La Europa de los pueblos...

Santiago de Pablo Contreras (UPV/EHU) aporta con su trabajo reflexión sobre Manuel de Irujo y su impronta en la transición democrática de 1975 hasta su muerte, en 1981. En realidad muere en funciones de la política que fue el meollo de su vida, porque era parlamentario foral de Navarra.

Para terminar esta completísima visión de Irujo, el Dr. Josu Chueca Intxusta, de la Universidad Pública Vasca, nos habló de lo que es fundamental en la personalidad de Manuel Irujo: su condición de navarro. Siempre afirmó sin cortapisas que por ser navarro, se sentía vasco. Desde su navarritud llegaba a la completa integración de su personalidad vasca.

Este es un Irujo desguazado en todos sus aspectos de intervención política en nuestro país y poco puedo añadir en este momento de clausura, como no sean recuerdos personales pues bien le conocí y traté a lo largo de mi vida.

Recuerdo que por tal cosa cuando el entrañable amigo Iñigo Camino, entonces director de la Fundación Sabino Arana, en una conversación afectuosa me dio el encargo de hacer una biografía de Manuel, ya que aunque había varias y muy buenas, no había ninguna que completara el quehacer completo de Irujo, me pareció bien. Una tarea casi fácil.

Al llegar a casa, los picantes y fríos aires pirenaicos de Alzuza me despejaron la cabeza. ¿Cómo se podía abarcar la vida de un hombre que nace casi al final de la segunda Guerra Carlista y llega hasta nuestros días, cruzando dos guerras mundiales, una guerra civil, dos dictaduras militares como las de Primo de Rivera y la de Francisco Franco, el nacimiento de una II República y la instauración democrática de 1977, y dos Estatutos vascos y siendo protagonista de una manera o de otra de todos esos acontecimientos?

Ocurren milagros, podéis creerme. Pues sucedió mientras en esas cábala andaba inmersa y os confieso que ya un poco deprimida, recibí una llamada inesperada del entonces director de la Ikastola San Fermín de Iruña, José Antonio Gabilondo, convocándome a realizar un examen de unos libros que tan bien guardados habían estado y al parecer durante tantos años, que nadie sabía muy bien no sólo que estaban sino qué hacer con ellos. En ese momento la Ikastola pensaba derrumbar esa parte del edificio, las celdas de los monjes del viejo seminario, para construir un moderno edificio adecuado para las necesidades de la enseñanza, como lo han hecho.

Cerrado bajo siete candados, inmerso en una oscuridad total pero perfectamente colocado en estanterías de metal, nos enfrentamos al archivo. Recuerdo que al abrir las persianas de pesada madera, hasta vimos como las diligentes abejas habían construido panales de miel en una de las esquinas. Revisando la documentación expuesta, pude darme cuenta con absolu-

to alborozo de bibliotecaria y archivera, que estaba en el centro mismo del archivo familiar de los Irujo-Ollo, intacto pese al siglo transcurrido, a salvo de la polilla, de los extraños, de los desmanes que generalmente suelen acaecer a estos depósitos bibliográficos. Tres guerras habían pasado sobre el archivo, sobre las cartas familiares y los papeles de administración, pero no lograron degenerar su contenido.

Donados la Biblioteca y el Archivo familiares en su día por Pello Irujo Ollo a Eusko Ikaskuntza, este meollo documental quedó en Iruña por falta de espacio seguramente en el transporte que habría de llevarla a Donosti, y por orden de Pello Irujo Elizalde y la anuencia del entonces director de la ikastola, Jesús Atxa, el archivo y muchos de sus libros, se dejaron en seguro depósito en dos de las celdas del seminario. De este modo llegaron a mis manos. Mientras lo trabajé no podía menos de recordar su frase de 1977, poco antes de regresar a Euskal Herria: ... *Mis libros de antaño están en Estella. Los volveré a ver... pero ¿A leer?. Están ahí intactos aunque cubiertos de polvo porque nadie en estos cuarenta años de ocupación se los llevó. Y ésta, la de mi despacho de París del Gobierno Vasco es la biblioteca que he ido formando en el exilio pero... la tengo que dejar.*

Es la queja o la reflexión del que ha vivido en exilio permanente de las cosas amadas.

Todo lo que pude llegar a saber de los antepasados de Irujo y del propio Manuel, está en mi libro biográfico, tan magníficamente prologado por Iñaki Anasagasti, quien, junto a Pello Irujo Elizalde, planificó el regreso de Irujo por Noain. Pude comprender al niño que fue, a los padres y abuelos que le formaron y conformaron, la sociedad en que se crió y los hermanos que tuvo.

Hablar de Manuel Irujo y no hablar de sus padres, Daniel, el abogado defensor de Sabino Arana Goiri, y de su madre Aniana que emprende un exilio a los 70 años y muere en él, en Buenos Aires, así como de sus hermanos Eusebio, Rosario, Juan Ignacio, Josefina, Delfín, Andrés y Pello, es restarle fuerza no tan sólo a la propia personalidad de Irujo, sino a la potente idea nacionalista que toda la familia impulsó primeramente con la energía y la esperanza de la juventud, más tarde con la perseverancia y la fidelidad de la vejez. No dudé nunca mientras lo escribía en aquel refrán vasco *Urrutirean bolura dator ura/ De lejos al molino le viene el agua.*

Sobre todas las consideraciones que pueden hacerse y se han hecho sobre Manuel de Irujo quiero hacer hincapié en la más importante de todas, al menos para mí: fue un pionero en la defensa de los derechos humanos y en el salvamento de vidas humanas puso todo su empeño en el desempeño de los cargos políticos. Solía afirmar que: *Me he arrepentido de muchas cosas pero nunca de haber intercedido por la vida de los demás, así como: Tengo la conciencia de haber salvado miles de vidas, unas, las más, en colaboración con los demás. Otras, y no pocas ciertamente, luchando contra todos a brazo partido... No sólo fui yo el preocupado en liquidar aquella monstruosidad de los paseos... Hacía falta mucho coraje para no marcharse asqueado.*

Pero fue a él al que llamaban el Ministro Salvador y el Ministro de los Canjes.

Voy a terminar con evocaciones muy personales. La primera el momento en que le conocí, allá, por el año 1948, cuando se podía cruzar finalmente el océano. El avión como transporte civil de pasajeros comenzaba su andadura y los líderes vascos emprendieron sus giras de visita a las colonias vascas de América. Irujo emprende uno de sus cinco viajes americanos, en 1948, con parada primera en Venezuela, donde le esperaban no solo sus compatriotas sino sus hermanos Eusebio y Juan Ignacio, así como sus familias.

El viaje era largo en aquellos aviones de dos motores. Venía desde la lejana París, cruzando el Atlántico, hasta llegar después de quince horas si mal no recuerdo, a la Tierra de Gracia como bautizó en los viajes del descubrimiento americano, Colón a Venezuela. Luego de su estancia en Caracas, había que despegar en el aeropuerto de Maiquetía, hoy Simón Bolívar, y cruzar el río Orinoco, el padre de las aguas, y luego el Amazonas y el Mato Grosso, para llegar finalmente a las pampas del sur. Aterrizaba en Carrasco, el aeródromo de la República Oriental del Uruguay muchas, muchas horas después. Y Manuel tenía casi sesenta años.

En mi casa de Montevideo hubo agitación. Recuerdo nítidamente a mi padre colocándose el cuello almidonado que reservaba para las grandes ocasiones pues se resistía a su duro roce, colocándose el obligado y elegante sombrero que por aquél tiempo se estilaba, y en fin, otros preparativos y todos, con gran nerviosismo. Pregunté que pasaba y él simplemente me respondió que íbamos a recibir a un hombre vasco. Un excelente hombre vasco.

Recuerdo perfectamente el avión –un poco mayor que el de Noain– que rodaba por la pista hasta ubicarse delante de los que en fila, esperábamos a Manuel. Al abrirse la puerta, se asomó, y abrió los brazos como queriendo abrazarnos a todos, y también a la tierra uruguaya, tierra de libertad, que le recibía. A los cálidos aires pamperos y al cielo azul. Ese gesto lo repitió en Noain. Pero allí aspiró ese aire del norte, con aroma de romero silvestre, que es el perfume de su Navarra, la que durante cuarenta años añoró en su exilio, con tanto dolor de corazón.

También, como en Noain, venía cubierto con el grueso abrigo al que le obligaba el frío europeo, y el rígido sombrero de fieltro. Bajó las escaleras con agilidad y eso lo repetiría en Noain, y fue abrazando y saludando a todos, uno por uno, preguntando por su salud, su condición y su familia. Riéndose fuerte, palmeando el hombro, y sin procurar bajar la voz.

Tenía un tono de voz cálido y seguro, una risa contagiosa, una fuerza interior incomparable. Despedía hombría y bondad. Y una enorme energía.

Cuando llegó a la niña que entonces era yo, se inclinó para que sus claros ojos azules quedaran parejos a los míos, y sonriente, tirando de una de las trenzas con su larga mano de músico, me dijo en el inconfundible acento de Estella/Lizarra: *Moceta*.

No lo olvidé jamás porque nadie antes ni después, me llamaría así. Pero él lo hizo hasta el día de su muerte, cuando sin voz, pero con los vivos ojos inteligentes, me volvió a transmitir el mensaje que siempre que hablaba de los niños, los que llevaban su apellido, utilizaba: *Que sean buenos, moceta*. Para él la excelencia radicaba fundamentalmente en la bondad del corazón. Y en no tener el alma de charol, como definía el poeta García Lorca, a los espíritus planos, estrechos e insensibles.

Siempre proclamó que era cristiano, vasco y demócrata. A veces fue *dolorosamente cristiano* pero se mantuvo inmovible en la obediencia de una Iglesia que no siempre le supo escuchar; aunque en el Concilio Vaticano II se reconoce plenamente con los nuevos postulados apostólicos.

Fue siempre vasco y sin tacha, respondiendo a la exigencia de su país: *Mas que la pérdida de mis bienes he sentido a lo largo de mi exilio la pena de no poder pisar la tierra en que nació... yo hubiera podido trabajar por mi cuenta... labrarme una fortuna... pero no es fácil desprenderse de uno mismo. Me alcanza la responsabilidad de haber contribuido a la dirección de los asuntos políticos en juego, de los que tantos pesares y sufrimientos se derivaron a nuestras gentes ¿qué menos podía hacer que servirles con mi dedicación personal? ¿Qué menos podía hacer cuando uno oye, un día tras otro, la relación de que al padre, al marido, al hijo, lo mataron por haber votado por mí?*

Y demócrata porque respondía a su concepto del Derecho vasco. Hombre de formación jurídica, estudia la esencia de nuestro derecho en ese libro que con alborozo he visto en la exposición tan inteligentemente planteada por Ascensión Martínez y que se titula *Instituciones Jurídicas Vascas*, publicado por la editorial Ekin de Buenos Aires, dirigida por su hermano Andrés e Isaaka López Mendizábal, y que pena es, no esté reeditado y en manos de los jóvenes vascos. Todos sus libros y fueron cinco, y todos sus artículos y fueron más de mil, debieran ser lectura de nuestra juventud. Aprenderían algo más que historia o derecho o política. Aprenderían ética y ganarían en humanidad. Crecerían como árboles sustentados en tierra buena y regados por grandes lluvias.

Voy a terminar pero no sin antes recordar el último mitin de Irujo. Fue hace más de veinte años, en Bilbao. Aunque hablaban muchas personas ilustres en aquel mitin de la campaña política del Partido Nacionalista Vasco, el partido en cuya obediencia vivió y murió Irujo, con sus ochenta y tantos años, era la estrella principal. Se llenó de gente entusiasta el espacio del deportivo que ocupábamos e Irujo con aquella voz que nunca envejeció, quizá recordando los tiempos de su niñez en Bilbao, pronunció, a mi juicio, uno de los más encendidos y prácticos discursos.

Era un mitin pero lo convirtió en una cátedra. Con el convencimiento de que podía ser su última intervención, dio un testamento político de nuestros errores pasados como advertencia para no repetirlos. Y para recordar de donde veníamos, Irujo, al final, se permitió un recuerdo personal. Siendo niño y en una de las epidemias endémicas de tifus de Bilbao, para mante-

nerlo a resguardo, fue llevado del apartamento de sus padres a la casa de Arana Goiri. Daniel Irujo era profesor en Deusto y la familia pasaba el invierno en Bilbao aunque todos los veranos iban a residir a Estella.

La casa de Arana Goiri era una casa grande y severa, con un huerto de ciruelos y manzanos donde varios perros de caza trajinaban y lo que era más sorprendente, un jabalí domesticado también correteaba. Manuel se lo pasó en grande hasta la hora en que terminada la epidemia, se hacía forzoso el retorno a casa. Sabino Arana, de despedida y lo era porque moriría poco después, abraza al pequeño y claro Manuel. Ese abrazo entrañable nos lo entregó a todos los que con lágrimas en los ojos, nos dábamos cuenta de que se despedía de nosotros porque él también partía.

Cuando Manuel poco después moría en el hospital de Iruña/Pamplona, también me dio un abrazo. Ya no podía hablar pero la inteligencia vivaz de su personalidad continuaba intacta en la luz azul de sus ojos. Y el mensaje era el mismo. Así que en esta tarde y como clausura de unas jornadas que lo han tenido como protagonista en exclusiva, yo os devuelvo este abrazo de uno de los hombres mas preclaros del pueblo vasco en el siglo XX. El que proclamó con su obra y su palabra y sus escritos el lema de los Infanzones de Obanos que tanto le gustaba citar: *Hombres Libres en Patria Libre*.